

# EL MONASTERIO MEDIEVAL COMO CENTRO DE ESPIRITUALIDAD Y CULTURA TEOLOGICA

---

CLEMENTE DE LA SERNA GONZÁLEZ  
Abad del Monasterio de Santo Domingo de Silos

---

## 1. *Vida monástica y cultura.*

Entre muchas personas y a bastantes niveles existe una marcada tendencia a dar por descontada una relación muy profunda entre monacato y cultura, relación que a veces parece como si fuera de causa a efecto. La relación entre ambas realidades aparece en ocasiones tan manifiesta que puede dar la impresión de ser inseparables, por lo que no se concibe un monasterio sin cultura, o una cultura, como sucede en la época medieval, sin fuertes y claras connotaciones con el fenómeno monástico. Este mismo Seminario que nos reúne en el Monasterio de Santa María de Aguilar es al respecto un valioso hito para comprobar hasta qué punto son reales las anteriores afirmaciones.

No es superfluo por lo mismo insistir una vez más en que un monasterio como tal nunca está en función de una cultura, o más concretamente, de una actividad cultural. Dado que no se le puede reducir a una simple empresa de explotación cuando se investiga o estudia sus dominios y posesiones, tampoco es en primer lugar, ni fundamentalmente, una escuela de artes o un centro de estudios, teniendo en cuenta su actividad artística o literaria. Es cierto, puede ser y lo ha sido en el espacio y en el tiempo todo eso, pero se trata en definitiva de una manifestación, significativa y valiosa sin duda, de algo más profundo y esencial del monacato. El centro en torno al que gira la vida del monasterio no es, por ejemplo, la biblioteca, por muy valioso e importante que sea su fondo bibliográfico; tampoco lo es su «scriptorium», gracias al cual se ha podido transmitir una cultura determinada; ni lo es su escuela de maestros arquitectos y canteros. La biblioteca, como los estudios y las artes, tienen en el monasterio un lugar de honor, pero no por eso dejan de formar parte de

esas actividades, de esos «oficios», que los monjes ejercen durante las horas de trabajo dentro del recinto del monasterio, tal y como lo establece ya la *Regula Benedicti*.<sup>1</sup>

La actividad múltiple que desarrolla una comunidad monástica, y la cultural en sus diversas facetas no es una excepción, es en realidad el medio y la manifestación más evidente a un mismo tiempo, de la finalidad que el monje persigue cuando hace su opción de vida, es decir, la «búsqueda de Dios»,<sup>2</sup> la teología, su realización total primando el aspecto espiritual.

Dentro del monasterio, donde la cultura se promueve incluso con mimo, es preciso verla como una válida expresión y una prueba de esa otra realidad mucho más profunda e importante, aunque no siempre bien comprendida, que es esa elección que lleva al monje a retirarse de la sociedad que le rodea para vivir en el monasterio. La intensa actividad cultural que se desarrolla dentro del monasterio es una prueba evidente de que retirarse a vivir en el claustro no es sinónimo de rechazo indiscriminado del mundo y sus semejantes, sino más bien todo lo contrario: pone de manifiesto que el monje vive en realidad una auténtica y constructiva encarnación en los valores reales y axiomáticos del mundo y de la sociedad.

En sus mismos orígenes el monacato indica ya con toda claridad el puesto que le corresponde en el claustro a la cultura. Por un lado los primeros monjes, aunque hay excepciones, provienen más bien de ambientes humildes; surgen de las bases del cristianismo más que de su élite culta. Se caracterizan además por su rechazo, en ocasiones hasta radical y violento, de una serie de valores considerados como tales por la sociedad que ellos abandonan. La cultura figura entre los valores que repudian. En amplias esferas del monacato primitivo se capta incluso un desprecio no disimulado por la educación y la formación convencional. No sólo se dejan de lado las letras y las artes, en ocasiones hasta se las combate:

«¿Qué infierno es el que ha vomitado esas doctrinas? (Se refiere a las origenistas). Eso no lo han aprendido, ya que no agrada a Dios, del que ha hablado a través de los profetas y los apóstoles. No, esas

<sup>1</sup> «Monasterium autem, si possit fieri, ita debet constitui, ut omnia necessaria, id est aqua, molendinum, hortum uel artes diuersas intra monasterium exercentur», *Benedicti Regula* (=RB), 66, 6. Ed. Rudolphus HANSLIK, Vindobonae 1977<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Esto es lo que fundamentalmente se exige al que llama al monasterio: «Si reuera Deum quaerit», RB 58, 7, junto con la solicitud por el oficio divino, la obediencia y la abnegación.

doctrinas abominables y blasfemas las han tomado de Pitágoras, de Platón, de Orígenes, de Evagrio, de Dídimo. Me admiro de que hayan empleado en vano, pues es puro tiempo perdido, tantos esfuerzos y tantas vanidades nocivas, como también que hayan armado sus lenguas contra la verdadera religión».<sup>3</sup>

El Papa Gregorio Magno nos presenta a Benito de Nursia como joven estudiante frecuentando las aulas romanas de retórica. Sin embargo muy pronto abandona sus estudios en la Urbe para guarecerse en la soledad inculta. Huye, subraya San Gregorio, *scienter nescius et sapienter indoctus*.<sup>4</sup> Para salvarse debe romper los lazos con los que le atrapa la escuela y el ambiente estudiantil. Magnífica paradoja esta de ser sabiamente inculto y doctamente ignorante. Esta antinomia caracteriza en realidad a todo el monacato: *de saeculo fugitiuus, id est monachus*. Se huye de un ambiente, pero con el fin de asentarse en otro. El móvil no es el miedo ni la cobardía, es el descubrimiento de un clima más propicio a las exigencias del espíritu. Se abandona una escuela, pero con el fin de ingresar en otra escuela. Esta es la esencia de la opción monástica.

Desde esta perspectiva los monjes ven las artes y las ciencias profanas como el reflejo de una cultura que, considerada en sí misma, es vacua y engañosa. Por eso las fuentes del monacato, y más concretamente las reglas monásticas, no dejan espacios a la cultura profana, a las *disciplinas saeculares*. Los monjes no disponen de un tiempo establecido para dedicarse a ellas. No por esto el monacato las rechaza a priori. Sólo prescinde de la cultura pagana, o hasta en ocasiones la combate, en tanto en cuanto pretende ejercer sobre la persona un predominio absoluto y tiránico, cuando es un verdadero obstáculo para tender con plena libertad hacia el último fin de la vida monástica: la búsqueda de Dios en la práctica de los consejos evangélicos.

El enfrentamiento o rechazo que observamos en el monacato primitivo en relación con la cultura, no es fruto de una negación de la misma, sino más bien porque se quiere poner en evidencia el puesto que le corresponde dentro de una bien definida jerarquía de valores. No se rechaza la cultura en sí misma.<sup>5</sup> Ya en los orígenes del monacato encontramos monjes eminentes no sólo en santidad, sino también por sus letras, como sucede con San Antonio,

<sup>3</sup> A. J. FESTUGIÈRE, *Les moines d'Orient, I, Culture ou sainteté*. Introduction au monachisme oriental, Paris 1961, p. 78.

<sup>4</sup> GRÉGOIRE LE GRAND, *Dialogues, II*, Prol., 14-15. Ed. Adalbert de VOGÜÉ, vol. II, Paris 1979, p. 126. Un poco más arriba encontramos ya una frase sumamente elocuente: «Despectis itaque litterarum studiis».

San Basilio, San Jerónimo, Evagrio o Casiano. San Pacomio afirma sin reparos que no quiere analfabetos en sus cenobios.<sup>6</sup> Aunque San Benito contempla esta posibilidad en su *Regula*,<sup>7</sup> por el contexto se aprecia que son una excepción. La *Regula Ferreoli* es tajante en este punto cuando sentencia: *Omnis qui nomen uult monachi uindicare, litteras ei ignorare non liceat*.<sup>8</sup> Saber leer se convierte de esta forma en un requisito para abrazar la vida monástica. En realidad el conocimiento de las letras profanas es muy variable dentro del monacato. Lo que se pretende ante todo es que el moje sepa leer, no tanto para tener a su alcance los escritores griegos o latinos, cuanto los libros de la Sagrada Escritura. El tema de la formación literaria no se refleja en la práctica en las Reglas monásticas porque lo dan por supuesto, lo consideran una premisa para la profesión cenobítica, para la práctica normal de la ascesis.

En los monasterios encontramos incluso escuelas,<sup>9</sup> donde se forman preferentemente niños destinados a ser futuros monjes. De aquí podemos deducir que si San Benito establece los tiempos que los monjes se entregan al trabajo manual<sup>10</sup> y nada dice, en cambio, sobre la formación intelectual, es porque la da por supuesta.<sup>11</sup> En la *Regula Benedicti*, en efecto, podemos ver dos requisitos que se piden al monje: la búsqueda de Dios y el conocimiento de las

<sup>5</sup> Generalmente, más que rechazar la cultura de forma absoluta o global, no se acepta sencillamente un tipo determinado y concreto de cultura, aunque se trate, por ejemplo, de la griega, considerada a veces como la única cultura. Esta falta de precisión hace también que se hable de la incultura de los primeros monjes únicamente porque en lugar de expresarse en griego lo hacen en siríaco o en copto. Gf. J. GRIBOMONT; *Cultura monastica*, en *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, III, Roma 1976, col. 332-333.

<sup>6</sup> «Et omnino nullus erit in monasterio qui non discat litteras, et de scripturis aliquid teneat», *Praecepta*, 140; Lucas HOLSTENIUS, *Codex Regularum Monasticarum et Canoniarum*, I-II, Graz 1957 (reimpr.), p. 32. Los analfabetos, como indica en el número precedente, deben ser instruidos en las letras y para tal fin disponen de un tiempo determinado y de un maestro: «si litteras ignorauerit, hora prima, et tertia, et sexta uadet ad eum qui docere potest».

<sup>7</sup> «Si non scit litteras», *RB* 58, 20. Se trata en este caso de la carta de profesión. El monje que no sabe escribir pide a otro que lo haga por él, poniendo luego el interesado una señal de su propia mano.

<sup>8</sup> *Regula Ferreoli*, 11; *PL* 66, 963 D.

<sup>9</sup> San Benito habla en varios pasajes de su Regla sobre los niños que viven en el monasterio; cf. *RB* 30; 39, 10; 59, que titula: «De filiis nobilium aut pauperum, qui offeruntur»; 63, 9.18. Tales niños, destinados a ser futuros monjes, recibían también una formación literaria sólida, además de religiosa.

<sup>10</sup> «De opera manuum cotidiana», *RB* 48.

<sup>11</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, Salamanca 1965, p. 24.

letras. Lo segundo se considera un medio excelente para mejor buscar a Dios, pues la *lectio diuina*, que poco tiene que ver con una simple lectura o un normal estudio de textos, ya que incluye la meditación,<sup>12</sup> es uno de los instrumentos más valiosos de que dispone el monje para tender hacia el fin de su opción religiosa.

La importancia que tiene la lectura en el ambiente monástico es tal, que lleva consigo también el saber escribir y disponer de un número relativamente considerable de volúmenes. De aquí el puesto relevante que muy pronto ocupa la librería monástica.<sup>13</sup> Según la *Regula Benedicti*, además de la Biblia en las versiones más corrientes, deben figurar las principales obras de los Padres de la Iglesia y de los autores eclesiásticos.<sup>14</sup> También se encuentran los epistolarios de los obispos,<sup>15</sup> las actas proconsulares y las conciliares. Dado que el monasterio suele tener escuela para niños hay que incluir igualmente escritores latinos y griegos así como las gramáticas clásicas de Donato, Prisciano y Quintiliano.<sup>16</sup>

La lectura es una de las ocupaciones principales en el seno de la comunidad monástica. Cada monje dispone de un tiempo establecido para dedicarlo a la *lectio diuina*.<sup>17</sup> Se lee también públicamente en la celebración del Oficio

<sup>12</sup> «Meditare aut legere», *RB* 48, 23. Cf., M. van ASCHE, «*Divinae vacare lectioni*». *De ratio studiorum van Sint Benediktus*: Sacris Erudiri 1 (1948), 13-34. J. ROUSSE, H. J. SIEBEN, A. BOLAND, *Lectio divina et lecture spirituelle*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, I, Paris 1976, col. 470-510.

<sup>13</sup> *RB* 48, 15, menciona expresamente el término biblioteca cuando dice: «accipiant... singulos codices de bibliotheca». Sobre el sentido de tal vocablo puede verse, A. MUNDÓ, *Bibliotheca. Bible et lecture di carême d'après Saint Benoit*: *Revue Bénédictine* 60 (1950), 65-92. G. PENCO, *Biblioteca e Opus Dei nella Regula Monasteriorum*: *Rivista Liturgica* 38 (1951), 210-217.

<sup>14</sup> «Nominatis et orthodoxis catholicis Patribus», *RB* 9, 8. «Legat... Collationes uel Vitas Patrum», *RB* 42, 3. «Doctrinae sanctorum Patrum», *RB* 73, 2; cf. *RB* 73, 4.5.

<sup>15</sup> Los escritos de los obispos famosos se propagan con gran rapidez. La «*Vita Caesarii*», por ejemplo, nos muestra cómo el mismo obispo arelatense no tenía inconveniente alguno en dar sus escritos a quien se los pidiera, de tal forma que tenían una gran difusión ya en vida de su autor: «Longe uero positus in Francia, in Gallias, atque in Italia, in Hispania, diuersisque prouintiis constitutis transmisit per sacerdotes qui in ecclesiis suis praedicare faceret»; cf. *Sancti Caesarii Arelatensis*, Vol. II, *Opera Varia. Vita ab eius familiaribus conscripta*, ed. G. MORIN, Maretioli 1942, p. 319, n. 55.

<sup>16</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, op. cit., p. 25.

<sup>17</sup> Es el capítulo 48 donde se establece el tiempo, sin embargo a lo largo de toda la *Regula* está presente el tema de la lectura. Los términos «legere» y «lectio» aparecen veinticinco veces en distintos capítulos de disciplina regular. De hecho entre los instrumentos de las buenas obras se le propone al monje: «lectiones sanctas libenter audire»; *RB* 4, 55.

Divino,<sup>18</sup> así como durante las comidas.<sup>19</sup> Se procura edificar a los huéspedes que llegan al monasterio con lecturas apropiadas.<sup>20</sup> La escritura se practica con asiduidad. Tanto el abad como el mayordomo han de anotar una serie de disposiciones.<sup>21</sup> El monasterio conserva documentos.<sup>22</sup> Los monjes pueden escribir cartas,<sup>23</sup> para lo que el monje dispone de los correspondientes utensilios.<sup>24</sup>

Las letras ocupan sin duda alguna un lugar distinguido y de favor en el monasterio. Esto nos ayuda a comprender en su verdadero sentido tanto las diatribas que se lanzan contra ellas desde ambientes monásticos, como la desconfianza que manifiestan al respecto. Las letras no sólo son honestas, sino que además gozan de una óptima consideración en la medida en que son vehículo para la consecución del fin que anima la opción del monje. Por un lado se pone de manifiesto que son distintas del ideal monástico, pero al mismo tiempo no se separan de él siempre y cuando se ordenan al mismo. San Odón de Cluny afirma por ello que los estudios de las artes liberales son provechosos a aquellos que en el monasterio viven de la gracia divina: *Quae prosunt studiis horum quos gratia ligat*. Son muy útiles para despertar el espíritu que tiende a aletargarse y para sensibilizarlo con los valores más elevados: *Quod mentes acutat, quod et expergescere cogat, quae sunt liberales dictae, rimentur et artes*.<sup>25</sup>

San Bernardo se expresa de forma muy parecida cuando sostiene que el conocimiento de las letras es un adorno del alma y la instruye. De esta forma el monje puede a su vez instruir a otros.<sup>26</sup> La vida monástica se dedica al estudio de las letras divinas, como lo sugiere un antiguo prefacio para la profe-

<sup>18</sup> Cf. *RB* 9; 10; 11; 18; 47.

<sup>19</sup> Cf. *RB* 38.

<sup>20</sup> Cf. *RB* 53, 9.

<sup>21</sup> «Ex quibus abbas breuem teneat»; *RB* 31, 3, se dice hablando de las herramientas del monasterio. Y del mayordomo en relación con los semaneros de cocina se hace notar: «ut sciat quod dat aut quod recipit»; *RB* 35, 11.

<sup>22</sup> Como, por ejemplo, las actas de profesión de los monjes; cf. *RB* 58, 29.

<sup>23</sup> Cf. *RB* 54.

<sup>24</sup> Entre los objetos que el abad debe proporcionar a los monjes, con el fin de erradicar el vicio de la propiedad: «ut hoc uitium peculiaris radicatus amputetur», figuran: «grafium» y «tabulas»; *RB* 55, 18-19; cf. *RB* 33, 3.

<sup>25</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Les études dans les monastères du Xe au XIIIe siècle*, en *Los monjes y los estudios. IV Semana de Estudios Monásticos*. Poblet 1961. Abadía de Poblet 1963, p. 108.

<sup>26</sup> «Non tamen dico contemnendam scientiam litterarum, quae ornat animam et erudit eam, et facit ut possit etiam alios erudire»; *Sancti Bernardi opera*, Vol. II, *Sermones super Cantica Cantorum*, 37, 2, Romae 1958, p. 9.

sión monástica: *Aperi ei sensum, ut diuinarum studiis litterarum intendat corde*.<sup>27</sup> La ciencia hace que ese estudio pueda ser más útil y eficaz. Más aún, evita que en ocasiones dicho estudio resulte pernicioso debido a falsas interpretaciones del texto, como sostiene el propio San Bernardo.<sup>28</sup> No duda por lo mismo en preguntarse: «¿Qué haría la ciencia sin amor?: Inflaría. ¿Qué haría el amor sin la ciencia?: Erraría».<sup>29</sup> La ciencia es definitivamente una excelente aliada del monje. Le puede conducir a comprender y profundizar mejor su propia opción.

No debe extrañarnos, por lo mismo, que ya en las Reglas monásticas se encuentren expresiones que orientan en tal sentido: «*scribere, quod est prae cipiuum opus*, para el monje.<sup>30</sup> Y la historia efectivamente así lo confirma con múltiples ejemplos. Del abad Aridio afirma San Gregorio de Tours:

«Nunquam otio indulsit, quo non aut lectioni uacaret, aut opus Christi perficeret, aut certe manibus opus aliquod ageret, aut denique sacros Codices scriberet. Maxime autem decreuerat, ut in uicinas dioeceses sacros Codices, quos ipse manibus suis scripserat, distribueret».<sup>31</sup>

San Agustín fue un acérrimo impulsor de los estudios en los cenobios por él fundados, llega incluso a establecer un horario preciso al respecto, con un programa de lecturas y una actividad en los escritorios.<sup>32</sup> Bien conocida es igualmente la labor literaria de Casiodoro en su monasterio de Viuarium.<sup>33</sup>

La actividad literaria, como el trabajo manual, son ocupaciones muy importantes en el monasterio, no sólo en vistas a procurar un bien al espíritu y unos medios de sustentación, sino también para no dejar resquicio alguno por donde pueda infiltrarse el ocio. Hemos visto cómo se afirma de San Aridio

<sup>27</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Les études dans les monastères du Xe au XIIe siècle*, op. cit., p. 109.

<sup>28</sup> «Importabilis siquidem absque scientia est zelus... Semper quidem zelus minus absque scientia efficax, minusque utilis inuenitur»; *Sancti Bernardi opera*, Vol. II, Ser. 49, 5, op. cit., p. 75.

<sup>29</sup> «Quid faceret absque dilectione eruditio? Inflaret. Quid absque eruditione dilectio? Erraret»; Ser. 69, 2, op. cit., p. 203.

<sup>30</sup> «Quia qui, ut supra diximus, agriculturam exercere non ualet, legere, scribere, quod est praecipuum opus»; *Regula Ferreoli*, 28; PL 60, 969 C.

<sup>31</sup> *Vita Sancti Aridii Abbatis*, 6; PL 71, 1123 A-B.

<sup>32</sup> Cf. U. DOMINGUEZ DE VAL, *Cultura y formación en los monasterios agustinos de Tagaste, Cartago e Hipona: La Ciudad de Dios* 72 (1950), 425-435.

<sup>33</sup> Cf. A. MOMIGLIANO, *Secondo contributo alla storia degli studi classici*, Roma 1960, pp. 219-229.

que *nunquam otio indulset*. San Benito da comienzo al capítulo sobre el trabajo con una sentencia bien conocida: «*otiositas inimica est anima*».<sup>34</sup> Puesto que el monasterio se define como «una escuela del servicio divino»<sup>35</sup> donde el monje aprende la verdadera sabiduría, ha de utilizar todos los medios que la escuela pone a su alcance para conseguirla. Filosofía equivale en los ambientes monásticos a vida monástica.<sup>36</sup> «Filosofar» es, pues, *monachum agere*,<sup>37</sup> es decir, aceptar radicalmente y vivir las exigencias que propone la sabiduría evangélica.

La escuela monástica promueve una cultura eminentemente teológica, es la que no predomina, aunque tampoco lo excluye por principio, una línea de pensamiento, sino una forma muy concreta de vivir. Más que de razonar o especular, afirma San Juan Clímaco, en el cenobio se estudia el modo de apaciguar y canalizar las pasiones. La teología monástica se cifie fundamentalmente al sentido teológico de este vocablo: «*theo logos*», «*sermo Dei*». No es tanto un análisis intelectual, no se pierde en discusiones de escuela. Se fundamenta en la Palabra de Dios escuchada y vivida. De aquí la sentencia tan conocida: *Una ergo et sola est theologia, id est, contemplatio Dei*. La teología monástica discurre por los cauces sapienciales. Está más en la línea de los Padres de la Iglesia que de la escolástica racional. San Columbano sostiene sin remilgos que el tipo de ciencia que busca el monje no se adquiere utilizando *uerborum disputationes*, sino mediante la escucha, la docilidad, la asimilación y puesta en práctica de las lecciones evangélicas. En esta escuela se estudian, por lo mismo, las grandes fuentes del saber espiritual que conducen hacia la perfección de la vida monástica: *Sermo diuinae auctoritatis ueteris ac noui testamenti*, y las *doctrinae sanctorum Patrum*.<sup>38</sup> Así será posible introducirse y vivir los misterios de Dios, meta que orienta toda la energía y la vida del monje.

No por ello quedan relegadas en el monasterio las ciencias y las artes propias del ingenio humano. Se procura, eso sí, que no interfieran en la consecución del fin que se propone el monje, sino que constituyan una ayuda válida y noble para alcanzarlo. Más aún, nadie ignora cómo en el medioevo los monasterios son refugio providencial de una cultura que corría serios peligros. Y de los monasterios sale luego para seguir irradiando sus valores en la socie

<sup>34</sup> RB 48, 1.

<sup>35</sup> RB Pról. 45.

<sup>36</sup> Cf. G. PENCO, *La vita ascetica como «filosofía» nell'antica tradizione monastica: Studia Monastica* 2 (1960), 79-93.

<sup>37</sup> Cf. C. F. DU CANGE, *Glossarium Mediae et Infimae latinitatis*, Vol. V, Parisiis 1845, p. 237.

<sup>38</sup> RB 73, 2.

dad. A raíz de la desintegración del imperio romano la cultura greco-latina no sólo encuentra cabida en los monasterios, sino que es asimilada por los monjes en un grado más o menos notable. En este momento ya no es un peligro para la práctica del puro ideal evangélico. Constituye más bien un valioso aliado para la formación humana y espiritual. Así los monasterios además de salvar esta cultura, inoculan en ella una nueva vitalidad positiva y creadora.<sup>39</sup>

«Mientras en aquella edad bárbara y agitada no sólo se tenía en poco la afición a las letras y el estudio de las ciencias sagradas y profanas, sino que todos las habían lastimosamente abandonado, en los cenobios benedictinos se formó un gran número de... doctos, que... trabajaron cuanto pudieron por conservar incólumes los vetustos monumentos del saber antiguo».<sup>40</sup>

El monacato medieval se convierte de esta forma en un factor muy importante, si no el principal, en la formación de la cultura específicamente medieval. Como prueba de ello contamos aún con múltiples testimonios monásticos: manuscritos, poesía litúrgica, obras arquitectónicas y artísticas, técnicas agrícolas, medicina o astronomía. Tareas y ocupaciones aparentemente tan oscuras, como puede ser la transcripción de manuscritos, son en realidad un medio muy eficaz, junto con la escuela, para la perpetuación de una civilización.

La importancia del monacato medieval es tal que ha habido incluso quien llega a dividir la Edad Media en cuatro etapas que denomina europeo-benedictinas, afirmando que:

«La Orden Benedictina, en sus inicios, en esa etapa en la que se la puede llamar hilo conductor de la historia socio-económica de Europa, ha tenido, desde una perspectiva cultural, un concepto claro, un rumbo preciso: la conservación del patrimonio greco-latino-eclesiástico y la asimilación, en lo posible, de las peculiaridades tribales o regionales».<sup>41</sup>

## 2. ¿Existe una cultura monástica?

El monasterio ha dado cabida a la cultura y, generalmente, la ha considerado como una excelente aliada para proyectarse hacia su fin. Cabe pregun-

<sup>39</sup> Cf. J. GRIBOMONT, *Cultura monastica*, art. cit., col. 333.

<sup>40</sup> PIO XII, Encíclica *Fulgens radiatur*: AAS XXXIX (1947), 147.

<sup>41</sup> F. ARNAN Y LOMBARTE, *Libros, biblioteca, recopilación de la cultura*, en *Acción Social de la Orden Benedictina*, Madrid 1982, p. 139.

tarse sin embargo si existe en realidad una cultura que se la pueda considerar propiamente monástica. En ocasiones se ha polemizado en tal sentido.

La cultura puede definirse como «un conjunto de concepciones sobre el mundo y la vida, así como los medios con los que se expresan mediante el lenguaje y las artes.<sup>42</sup> El símbolo de la cultura es el lenguaje; el arte de expresar, de escribir y de formular conceptos.

Teniendo en cuenta que durante la Edad Media concretamente se observan diversas corrientes monásticas, hay que ver si en realidad se puede hablar de una o varias culturas monásticas. Si partimos del concepto de cultura y lo aplicamos a la historia del monacato, la respuesta más lógica es afirmar por una parte que sí se puede hablar de cultura monástica y, más aún, que no hay más que una cultura monástica.<sup>43</sup> Es la conclusión que emerge cuando se considera el ambiente monástico con sus características y sus manifestaciones peculiares.

Hay una sola cultura monástica porque en realidad no hay más que un ambiente monástico que no es reducible a ningún otro.<sup>44</sup> Esta constatación aparece ya evidente en las *Instituciones* de Casiodoro, donde gracias a una síntesis tan minuciosa como armónica desaparece la contraposición entre ciencias sagradas y profanas. En la misma línea encontramos las *Etimologías* de San Isidoro y las obras de Beda el Venerable, Alcuino y Rábano Mauro.<sup>45</sup>

El hecho de que exista una sola cultura monástica no obsta para que haya diferencias en sus manifestaciones en el occidente medieval, dentro de unos elementos que son comunes a todas las manifestaciones. En todo el monacato es posible detectar una serie de características internas determinantes y peculiares que lo distinguen de otras culturas. En el siglo XII, por ejemplo, hay por un lado escuelas urbanas que se singularizan por la importancia de la dialéctica; por otra parte están las escuelas «humanistas» frecuentadas por el clero culto. Están también las escuelas catedralicias donde predomina la pastoral práctica y encontramos las escuelas monásticas con una marcada tendencia hacia la espiritualidad.<sup>46</sup>

La espiritualidad es el elemento básico que permite hablar de una sola cultura monástica. Su predominio es tal que en la escuela monástica no encon-

<sup>42</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, op. cit., p. 51.

<sup>43</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Espiritualidad Occidental. I, Fuentes*, Salamanca 1967, p. 307.

<sup>44</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura monastica*, II, *In Occidente*, en *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, op. cit., p. 336.

<sup>45</sup> Cf. G. PENCO, *Lo studio presso i monaci occidentali nel secolo VI*, en *Los monjes y los estudios*, op. cit., pp. 59-60.

<sup>46</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura monastica*, II, *In Occidente*, art. cit., pp. 335-336.

tramos un programa de estudios, una *ratio studiorum*, que tienen en cambio los que se preparan a ser futuros monjes. Sin embargo, una vez que se ha iniciado el camino monástico ya sólo existe un programa espiritual. El monacato acepta sin reservas lo que San Gregorio Magno afirma al comienzo de sus *Moralia*: «pienso que es totalmente indigno encerrar en las leyes de Donato las palabras de la verdad celeste». Por eso en la vida del monje todo tiende hacia el espíritu y todo tiene en definitiva un cariz religioso, la literatura como el arte.<sup>47</sup>

El móvil de los estudios del monje, de sus lecturas y de su vida intelectual es una exigencia de su vida espiritual, de esa búsqueda de Dios que le lleva a realizarse mediante las letras, las ciencias y las artes. El ideal monástico exige y motiva a un mismo tiempo la necesidad de sustentarlo sobre unas bases sólidas y amplias. De esta forma toda manifestación está estrechamente vinculada al esfuerzo espiritual. Hasta poder decirse que forma parte integrante del mismo, pues todas las actividades del monje tienen su origen y su fin en el último objetivo de su vida: la búsqueda de Dios.<sup>48</sup>

Esto es lo que hace que en el monacato todo tipo de manifestaciones culturales como laborales, múltiples y diversas, originadas también en ambientes distintos en el espacio y en el tiempo, tengan el sello de la motivación que está en el origen de la vida monástica.<sup>49</sup> Se trata de una serie de elementos que podemos llamar permanentes de la cultura monástica, pues están determinados por lo que es intrínseco de la vida monástica.<sup>50</sup>

La cultura monástica no se asienta en individualidades más o menos relevantes o geniales. Es fruto de su propio medio. Por eso las formas de vida y las mismas estructuras que constituyen la médula del fenómeno monástico medieval son las que dan al monacato una cultura común y homogénea.<sup>51</sup> Partiendo de las características que configuran esta cultura y de la vida monástica en las que se plasman, podemos afirmar incluso que aquellos períodos donde apreciamos relevantes manifestaciones de la cultura monástica no coinciden necesariamente, aunque tampoco se excluyen por principio, con los períodos de mayor producción literaria o artística. Coinciden más bien con los períodos en los que se ha vivido con mayor intensidad y profundidad el

47 Cf. J. L. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, op. cit., p. 66.

48 Cf. G. PENCO, *Lo studio presso i monaci occidentali nel secolo VI*, art. cit., p. 43.

49 Cf. J. LECLERCQ, *Cultura monastica*, II, In *Occidente*, art. cit., col. 336; Id., *Espiritualidad Occidental*, op. cit., p. 311.

50 Cf. J. LECLERCQ, *Espiritualidad Occidental*, op. cit., p. 313.

51 Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, op. cit., p. 303.

ideal monástico.<sup>52</sup> Esto es obvio, pues fácilmente se constata cómo la acción tiende casi naturalmente a la dispersión. El ideal monástico por el contrario se caracteriza por la concentración y la unión. Tiene una línea de proyección perfectamente definida hacia la que todo lo demás en su vida debe converger.

De aquí se deduce una importante realidad. Cuando se pretende valorar la aportación que hace la cultura monástica a la sociedad no basta con poner de manifiesto cuanto los monasterios han realizado mediante sus dominios territoriales y económicos, o por sus aportaciones en el campo de la escuela, la bibliografía o la arquitectura. Es necesario valorar también lo que ambientes no monásticos han llevado a cabo gracias, por ejemplo, a la transmisión de textos que se han hecho en los cenobios. Más aún, y principalmente, aunque en este punto no es posible hacer inventarios, es necesario tener muy presente la tradición espiritual y la vida misma del espíritu. Aquí nos topamos de verdad con el alma y la característica por antonomasia de la cultura monástica.

La cultura peculiar del monacato tiene el sello indeleble de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia.<sup>53</sup> Está fuertemente impregnada y como inmersa en la Biblia y la tradición patristica, lo cual es un elemento axiomático de unidad que supera tanto la diversidad de regiones como el tiempo. Es lo que podemos comprobar a lo largo de toda la Edad Media europea en los diversos campos de actuación del monacato, tanto en la historia como en las artes, en la miniatura o en la música, en la teología y en las costumbres. Las diferencias que podemos apreciar nunca son divisiones, sino manifestaciones varias y diversas de la unidad básica y fundamental.<sup>54</sup>

Por este motivo se ha llegado a afirmar que «la Europa cultural y socioeconómica de la Europa nostra encuentra su hilo conductor en gran parte de estos quince últimos siglos en la presencia benedictina».<sup>55</sup> Este hilo de la presencia benedictina es indudablemente su espiritualidad, que es no sólo su fin, sino también el motor de su rica y variada actividad social y cultural.

### 3. *Cultura teológica y vida monástica.*

Desde el momento que la opción monástica es la búsqueda de Dios, en el monasterio la cultura tiene necesariamente un marcado cariz teológico. Toda

<sup>52</sup> Id., p. 305.

<sup>53</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura monastica*, II, *In Occidente*, art. cit., p. 337.

<sup>54</sup> Id., p. 338.

<sup>55</sup> F. ARNAN Y LOMBATE, *Libros, bibliotecas, recopilación de la cultura*, art. cit., p. 104.

actividad comunitaria pone de manifiesto con mayor o menor intensidad el fin que se propone alcanzar. Un ejemplo bien conocido es el de Cluny, donde desde los recursos patrimoniales hasta el arte están en función del culto que se tributa a Dios creador y redentor.<sup>56</sup>

Las fuentes espirituales de donde bebe el monje, el método utilizado y el objetivo que persigue, proclaman claramente la primacía de Dios en la vida monástica.<sup>57</sup> San Benito lo recalca con frases lapidarias: *nihil operi Dei praepo-*  
*natur*;<sup>58</sup> *nihil amoris Christi praepo-*  
*neret*;<sup>59</sup> *ut in omnibus glorificetur Deus*.<sup>60</sup> Principios que para el monje son apodícticos.

Al situarse la cultura monástica en la línea del pensamiento patristico, se aprovecha enormemente de la conjunción de la experiencia humana con la reflexión bíblica, de la que los Padres de la Iglesia son cualificados comentaristas.<sup>61</sup> Este hecho hace que la reflexión monástica no se detenga en el pensamiento y no acuda a la Sagrada Escritura sólo como fuente del saber y de la ciencia, sino que busque en ella la *historia salutis*. Es la historia de las relaciones entre Dios y el hombre que es comentada y explicada por los escritos patristicos y es actualizada por la comunidad monástica en la celebración litúrgica diaria.

El mismo lenguaje monástico confirma lo que acabamos de decir. *Studere* no significa solamente y primordialmente una actividad intelectual, connota sobre todo con la idea de celo, de amor ordenado al bien y la verdad, de progreso en la vida espiritual. Así en la *Regula Benedicti* podemos encontrar frases como estas: *neque avaritiae studeat*,<sup>62</sup> *silentium debent studere*.<sup>63</sup> Al abad se le pide que, *studeat plus amari quam temeri*.<sup>64</sup> En el mismo sentido se ex-

<sup>56</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cluny fut-il ennemi de la culture?*: Revue Mabillon 47 (1957), 171-182; Id., *Spiritualité et culture à Cluny*, en *Spiritualità Cluniacense*, «Convegno del Centro di Studi sulla spiritualità medievale, II», Todi 1960. Y de forma más general, W. BRAUNFELS, *Architettura monacale in occidente*, Barcelona 1975.

<sup>57</sup> Cf. B. CALATI, *La questione monastica nella letteratura di carattere teorico degli ultimi trent'anni*, en A.V., *Problemi e orientamenti di spiritualità monastica, biblica e liturgica*, Roma 1961, p. 352.

<sup>58</sup> RB 43, 3.

<sup>59</sup> RB 4, 21; cf. RB 72, 11.

<sup>60</sup> RB 57, 9; cf. IP 4, 11.

<sup>61</sup> Cf. A. DE VOGÜE, *La Règle de Saint Benoît*, vol. VII, *Commentaire doctrinal et spirituel*, Paris 1977, p. 36 y ss.

<sup>62</sup> RB 31, 12.

<sup>63</sup> RB 42, 1.

<sup>64</sup> RB 64, 15.

presan las distintas reglas monásticas.<sup>65</sup> La *studiositas* monástica nos habla de un deseo de aprender ciertamente, de un interés, de una entrega no sólo para lograr un conocimiento o llegar a ser experto en una determinada rama del saber.<sup>66</sup> El monje «estudia» con celo para aprender la ciencia espiritual mediante la práctica de las virtudes. La razón última de su aplicación intelectual y evolutiva está por ello en función de su deseo de Dios que se manifiesta preferentemente a través de la oración.

La *studiositas* compromete al monje en la totalidad de su persona. Le forma para la oración que le lleva al conocimiento amoroso de Dios. Su libro básico es por lo mismo la Biblia, donde encuentra la palabra divina.

Un monje, San Anselmo, es al respecto sumamente elocuente cuando dice:

«Te ruego, Señor, que te conozca y te ame para que encuentre en tí mi alegría... Que en esta vida se haga más profundo mi conocimiento de tí, para que allí sea completo; que tu amor crezca en mí, para que allí sea perfecto, y que mi alegría, grande en esperanza, sea completa en la posesión».<sup>67</sup>

El conocimiento humano se convierte en un instrumento valioso en vistas a la consecución del verdadero y perfecto conocimiento, el de la ciencia espiritual, que es la vida en Dios y para Dios.

En el peregrinar terreno este conocimiento verdadero se aprende en la Escritura Sagrada, que es la Palabra de Dios. En ella encontramos la vida verdadera, vida en el Espíritu. Guiberto de Noguent usa el término *spiritualitas* cuando nos cuenta su conversión, el abandono de las ciencias humanas para entregarse a las divinas. Renuncia a los estudios que sólo son capaces de llenar su mente de pensamientos y realidades terrenas para entregarse al estudio de la Sagrada Escritura:

«Tunc demun inutilis studiis marcente socordia... spiritualitate recepta, ad exercitia commodiora perueni: caepi igitur... Scripturarum commentis intendere».<sup>68</sup>

<sup>65</sup> Cf. J. M. CLEMENT, *Lexique des anciennes règles monastiques occidentales*, «Instrumenta patristica VII B», Steembrugge 1978, pp. 1163-1165.

<sup>66</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Etudes sur le vocabulaire monastique du moyen âge*, «Studia Anselmiana 48», Roma 1961, passim.

<sup>67</sup> *Proslogion*, 26; PL 158, 242 B.

<sup>68</sup> *De Vita sua*, 1, 17; PL 156, 874 B.

La teología es sin duda alguna el alma de la cultura monástica. No se rechazan en principio las ciencias humanas. Son en realidad propedéuticas. Útiles para el conocimiento de las fuentes y válidas en la medida que son cauces que llevan a la vida espiritual.

El objetivo que persigue la teología monástica es evidente: el misterio de Dios en su unidad y plenitud. Este misterio ocupa el centro de la caridad, de la unidad y de la contemplación del monje. Para ello utiliza el método de la experiencia o intuición mística. Es la contemplación del misterio. Una contemplación activa, comprometida, pues es inseparable del ejercicio de la oración, es fruto de ella.<sup>69</sup>

La cultura teológica monástica se presenta con una constante que le hace ser eso y no otra cosa. Se trata de la reflexión continua sobre el misterio de la fe. Sirviéndose del pensamiento, no se detiene en él, no se contenta con el puro conocimiento, sino que compromete de forma total a la voluntad. Es por lo mismo no sólo saber, sino vida sobre todo. De esta forma se presenta como la norma del ser y del actuar del monje. Se elabora dentro de la institución monástica y de la espiritualidad inherente a ella. Es determinada y es determinante al mismo tiempo por el fin y el quehacer de la comunidad monástica. Tiene su centro neurálgico en el misterio de la salvación. Se alimenta diariamente de la liturgia y de la *lectio diuina* y se orienta hacia el desarrollo y profundizamiento de la vida espiritual.

Teniendo presentes las fuentes y el objetivo de la teología monástica, resultan evidentes sus características. Su atención se fija en el hecho central de la revelación, el misterio de la historia de la salvación y de la unión del hombre con Dios. Por eso todas las manifestaciones monásticas llevan profundamente marcado el sello de este misterio.

La teología monástica se caracteriza también por ser de cuño tradicional, entendiendo este vocablo en su sentido más genuino y rico de *traditio*, *tradere*. La razón es muy sencilla, pues se alimenta de las fuentes bíblicas y patrísticas. De ellas depende directamente. Esto hace que manifieste una cierta desconfianza por la dialéctica, mientras que subraya con fuerza un concepto de persona tomada en su totalidad como sujeto del conocimiento.

Es también fundamentalmente práctica. No se pierde en largas y amplias especulaciones. Plasma en experiencia, hace realidad, el misterio de la redención que capta más como fuente de vida que de conocimiento. Se expresa con

<sup>69</sup> Cf. B. CALATI, *La questione monastica nella letteratura di carattere teorico degli ultimi trent'anni*, art. cit., p. 352.

un lenguaje escriturístico debido al puesto privilegiado que ocupa la Biblia. Abunda en símbolos e imágenes así como en expresiones intuitivas que reflejan el misterio que bebe en la contemplación.<sup>70</sup>

Estamos hablando en términos generales, pues en la historia monástica hay períodos en que da la impresión de que predominan otras corrientes y estas características de la teología monástica parece que remiten. Entonces surgen generalmente voces en defensa de la cultura teológica monástica. Así, entre los monjes blancos pueden oírse frases como esta: *malumus abbatem aratorem quam oratorem*. La elocuencia es vacía cuando no está sustentada por una vida virtuosa y de oración. En tal sentido encontramos también los consejos que un abad cisterciense da a un joven monje:

«Efectivamente, hijo querido, la verdadera sabiduría no está en esos gruesos volúmenes. Deja al rebaño negro de los monjes de Cluny hojear esos vetustos códices y descifrar los apolillados pergaminos; nosotros, que tenemos la dicha de llevar el hábito blanco de San Benito, no necesitamos de toda esa ciencia para vivir y morir bien».<sup>71</sup>

Estas frases rezuman el clima de polémica que en ese momento existía entre cluniacenses y cistercienses. Con todo eso son también una confirmación de lo que se considera es la característica de la cultura teológica para los monjes. No puede empantanarse en la pura contemplación o en la dialéctica. No es un puro gusto estético o un refinamiento intelectual. La teología monástica es eminentemente sapiencial, por lo que va más allá del nivel del conocimiento o intelecto; implica a la voluntad y se convierte en praxis, en vida.

Un autor del siglo XII no duda en sentenciar que es necesario estar ebrios, pero no de vino escolástico sino teológico.<sup>72</sup>

#### 4. *Cultura, espiritualidad, liturgia.*

El término latino *spiritualitas* ha sido acuñado por la literatura cristiana como oposición a *carnalitas*. Así aparece ya en los textos neotestamentarios.<sup>73</sup>

<sup>70</sup> Cf. Id., pp. 285-286.

<sup>71</sup> A. DIMIER, *Les premiers cisterciens étaient-ils ennemis des études?*, en A.V., *Los monjes y los estudios*, op. cit., pp. 120-121.

<sup>72</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Les études dans les monastères du Xe au XIIe siècle*, en *Los monjes y los estudios*, op. cit., p. 115.

<sup>73</sup> «Et ego, fratres, non potui uobis loqui quasi spiritualibus, sed quasi carnalibus»; *ICor* 3, 1. Ver el contexto: *ICor* 2, 14-3, 3.

En un ambiente de vida moral, con estas expresiones se describen dos tipos de personas, dos formas de entender y desarrollar la vida. Los hombres carnales viven y se comportan según las máximas mundanas, son esclavos de sus pasiones. Los espirituales en cambio procuran vivir según el Espíritu de Cristo, adecuando sus acciones a los principios evangélicos; son hijos libres de Dios y viven en el amor. Posteriormente, en la baja Edad Media y en ambientes filosóficos, *spiritualitas* es un concepto con el que se expresa un modo de ser y de conocer, mientras que en los ambientes juristas se usa en oposición a *temporalitas*.

La espiritualidad, como una determinada forma de vida, no sólo engloba, sino que también da sentido y finalidad a la vida del monje y de toda la comunidad monástica. Además de reflejar el sentido que el monje da a su opción, es al mismo tiempo su consecuencia lógica. Manifiesta su determinación activa y habitual por convertir en una realidad el ideal monástico a partir de sus instituciones objetivas y de sus decisiones más profundas.<sup>74</sup>

En la concepción monástica de la realidad, la espiritualidad no es un concepto más o menos lejano y difícil de aferrar; responde por el contrario a lo que diariamente se procura vivir. Por eso expresa perfectamente el modo peculiar como el monje vive, bajo la acción del Espíritu, su ideal de creyente. Esa vida en el Espíritu de Cristo presenta una serie de manifestaciones visibles, tanto a nivel individual como comunitario, que son las actitudes y las actividades de la vida concreta. Lo cual se plasma en lo que hemos convenido en llamar cultura monástica con una connotación teológica muy fuerte, desde el momento que admite una enorme presencia de Dios. Por lo mismo hemos de afirmar que se trata de una forma de vida que manifiesta con nitidez y claridad los auténticos y verdaderos valores humanos.<sup>75</sup> Aquí nos topamos con una aparente paradoja, pues característica del monje es la tan conocida «huída del mundo».<sup>76</sup> Pero es precisamente por eso por lo que se mantiene libre para discernir entre valores y pseudovalores.

Es cierto que al caracterizarse la espiritualidad monástica por la búsqueda de Dios, la vida del monje carece de fines secundarios. Sin embargo, tal y

<sup>74</sup> Cf. *Spiritualité*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, 15, Paris 1989, col. 1147-1151.

<sup>75</sup> Cf. G. FALCO, *Voci cassinesi nell'alto medioevo*, en *Il Monachesimo nell'alto medioevo e la formazione della civiltà occidentale*, «Settimane di studio del Centro Italiano di studi sull'alto medioevo», Spoleto 1957, p. 18.

<sup>76</sup> Cf. F. MARTINEZ, *L'ascétisme chrétien pendant les trois premiers siècles de l'Eglise*, Paris 1913; J. C. GUY, *Importancia del «contemptus mundi» en el antiguo monacato*: Cuadernos monásticos 6 (1968), 27-50; M. RUIZ JURADO, *El concepto de mundo en los tres primeros siglos de la Iglesia*: Estudios Eclesiásticos 51 (1976), 79-94.

como lo pone de manifiesto la historia medieval, esta opción no desarraiga al monje del mundo ni lo encierra en un paraíso artificial. Por el contrario, le induce a generar una notable y rica actividad. Más aún, dicha actividad es mayor cuanto más espacio se deja al espíritu. Vivir para solo Dios, que es la máxima monástica, conlleva inevitablemente y como por lógica, vivir igualmente encarnado en las realidades terrenas, variables según el momento histórico y las necesidades de lugar. Estas realidades son valiosas y positivas en tanto en cuanto se desarrollan en sintonía con el ideal evangélico, con la contemplación y la separación del mundo. Hay que afirmar que son el fruto de tales preferencias. La llamada a la vida monástica tiene su razón de ser por el hecho mismo de que Dios es Dios, el Señor. Por esto hay vidas que se pueden consagrar enteramente a la contemplación. Vidas que pregonan el carácter universal del amor de caridad. Un amor que produce naturalmente esos frutos de cultura y de vida.<sup>77</sup>

Todo tipo de actividad, la vida entera, está sumergida y motivada en el monasterio por la ley soberana del amor de Dios. Lo cual se traduce de forma eminente en el amor al hermano con el que se comparte la vida cenobítica: *caritatem fraternitatis caste inpendant*.<sup>78</sup> Lo mismo sucede con todo aquel que llama a las puertas del monasterio: *Omnes superuenientes hospites tamquam Christus suscipiatur*.<sup>79</sup> En los hermanos es a Cristo a quien se acoge, se venera y se sirve. Esta actitud es la característica de un amor confiado, de abandono, fundamentado en la humildad, la benevolencia, la paciencia. Da la plena libertad en Dios, pues dimana de un seguimiento incondicional de Cristo y de la imitación de su perfecta entrega a la voluntad del Padre.

*Mea grammatica: Christus est*, afirma un autor medieval.<sup>80</sup> En la vida monástica el aspecto espiritual ocupa una prioridad absoluta. Esto capacita al monje para captar y contemplar la realidad divina bajo las múltiples formas de belleza y de actividad que se ofrecen, incluso cuando se presentan en forma de esfuerzo, de trabajo, de sufrimiento. Por esto la cultura monástica es teológica, espiritual. De una parte Dios tiene siempre la primacía en el ser del monje y por otra cualquier tipo de actividad que desarrolla le conduce hacia

<sup>77</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana, op. cit.*, p. 306; Id., *Espiritualidad occidental, II, Testigos, op. cit.*, p. 343.

<sup>78</sup> RB 72, 6.

<sup>79</sup> RB 53, 1.

<sup>80</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana, op. cit.*, p. 308.

Dios o es el fruto de su encuentro con Dios. En esta perspectiva cualquier tipo de actividad u ocupación son dignas y tienen sentido; en ellas el monje actúa lleno de gozo y por ellas tiende hacia su fin.

Cuando San Benito restituye al godo el hacha que se le había caído al lago, le dice sencilla y magistralmente: *Ecce, labora, et noli contristari*.<sup>81</sup> El trabajo y la cultura son fuente inagotable de alegría, porque son en realidad la proyección de una vida centrada en el Espíritu.

«Unir a una cultura pacientemente adquirida una simplicidad conquistada a fuerza de fervoroso amor, conservar un alma simplificada entre los varios recursos de la vida espiritual, y por ello situarse y mantenerse al nivel de la conciencia, elevar hasta ella la ciencia y no dejarla decaer, he ahí lo que hace el monje culto; es un sabio, un letrado, pero no es un hombre de ciencia, un hombre de letras, un intelectual, sino un espiritual».<sup>82</sup>

La *lectio diuina* es uno de los pilares donde se asienta la espiritualidad monástica. Es un estudio, una lectura meditada que favorece el conocimiento de Dios y da el sentido a cuanto acontece en la vida. Es la búsqueda de un Dios ya encontrado y amado y al que se sigue buscando porque se manifiesta sin cesar. Una búsqueda, un estudio, un conocimiento que se hace oración y va transformando en oración de amor y deseo la vida entera. Con ello se logra un conocimiento del nivel de los valores que Dios ha depositado tanto en el hombre mismo como en la creación de cuyas manos ha salido. Por ello la palabra de orden de San Gregorio no es otra que ésta: *ad lectionem... uaca*.<sup>83</sup> También San Benito en su Regla pone esta realidad entre las actividades imprescindibles y diarias del monje. Entre los instrumentos de las buenas obras ya figura: *lectiones sanctas libenter audire*.<sup>84</sup> Luego, al programar la jornada monástica, dice: *certis temporibus occupari debent fratres in labore manuum*,

<sup>81</sup> GRÉGOIRE LE GRANDE, *Dialogues* II, 6, 2; ed. A. de VOGÜÉ, *op. cit.*, p. 156.

<sup>82</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, *op. cit.*, p. 310.

<sup>83</sup> *Epist.* 3, 3; cf. G. PENCO, *Lo studio presso i monaci occidentali nel secolo VI*, *art. cit.*, p. 52.

<sup>84</sup> *RB* 4, 55. Cf. A. WATHEN, *Monastic lectio: some clues from terminology*: *Monastic Studies* 12 (1976), 207-215; A. de VOGÜÉ, «*Lectiones sanctas libenter audire*». *Silence, lecture et prière chez saint Benoît*: *Benedictina* 27 (1980), 11-20.

<sup>85</sup> *RB* 48, 1. Cf. D. GORCE, *La «lectio diuina» des origines du cénobitisme à S. Benoît et Cassiodore*, Paris 1925; M. FERNANDEZ, *La «lectio diuina» en la tradición monástica medieval*: *Confer* 21 (1967), 317-337.

*certis iterum horis in lectione diuina*.<sup>85</sup> En estas expresiones encontramos resumido el sentir de toda la tradición monástica sobre este punto.

La teología y la espiritualidad monásticas beben aquí. Por eso la *lectio diuina* ocupa las mejores horas de la jornada del monje. Ni la curiosidad ni el deseo de conocer, y cuánto menos el pasatiempo, son los móviles de esta lectura. Se trata de un contacto directo y en profundidad con la Palabra revelada. Tiene su punto de partida en la *lectio* para pasar a la *meditatio*, que lleva a la *oratio* y concluye en la *contemplatio*.<sup>86</sup>

Cuando la jornada del monje se resume en la sentencia tan traída y llevada del *ora et labora*, es oportuno que no quede en un bello juego de palabras, sino que ha de alcanzar todo su significado. Es necesario que no estén ausentes *lege et medita*. El *ora* tiene su punto de referencia en *lege*, mientras que *medita* da plenitud real y auténtica al *labora*. Sólo de esta forma el monje cumple el precepto del Señor de orar sin interrupción.<sup>87</sup>

Si la *lectio diuina* es el fundamento de la espiritualidad y la cultura teológica del monasterio, la celebración de la divina liturgia es su reflejo vivo, natural y elocuente. También es indubablemente su más digna corona. La Eucaristía y la celebración del Oficio Divino, con su desarrollo cadencioso a lo largo de las horas de la jornada monástica, se convierte en el elemento unificador de la vida y de las ocupaciones del cenobio. Es en realidad su estímulo y su más precioso resultado a un mismo tiempo.<sup>88</sup>

La Edad Media de forma más palpable, y la época carolingia es un ejemplo sumamente elocuente, pone en evidencia cómo las celebraciones litúrgicas son el fin hacia el que tiende y se orienta la cultura monástica y también el resultado más ostensible y duradero. La atmósfera cultural es como el clima natural, el

<sup>86</sup> Cf. G. GIURISATO, «*Lectio diuina*» oggi, «*Scritti monastici* 8», Abbazia di Praglia 1987. La *lectio* monástica se diferencia precisamente en su desarrollo de la *lectio* escolástica que procede así: *lectio, sententia, questio, disputatio*. Los monjes, con San Bernardo dirán: *orando non disputando*; *De Consideratione*, 5, 32, PL 182, 808. No es la discusión lo que lleva a captar el sentido profundo de los misterios, sino la oración. Interesante es el respecto el estudio de A. LOUF, *Exégèse scientifique ou lectio monastique*: *Collectanea Cisterciensia* 22 (1960), 225-247.

<sup>87</sup> *Lc* 18, 1; *Ef* 6, 18; *Col* 4, 2. Una buena bibliografía sobre el tema de la *lectio* puede verse en el libro de G. GIURISATO citando en la nota precedente.

<sup>88</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, *op. cit.*, p. 301. Sobre la liturgia en general sigue siendo un libro valiosísimo el del P. C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia. Ensayo de liturgia teológica general*, «BAC 181», Madrid 1972. Relacionado con la Eucaristía es sumamente interesante, A.V., *Eucaristia. Teologia e storia della celebrazione*, «*Anàmnesis* 3/2», Marietti 1983.

entorno apropiado, lleno de vitalidad y operosidad, en el que se lleva a cabo una maravillosa y rica síntesis cultural, desarrollándose esplendorosamente las letras y las artes. En los monasterios florece la técnica literaria, la reflexión teológica, las fuentes de información, tanto bíblicas, como patrísticas y clásicas; la música, la arquitectura y la escultura. Todos estos recursos culturales, tan ricos y variados, alcanzan plenamente su realización y su finalidad, como su máxima expresión, en el culto y al servicio del culto. De esta forma el monasterio los restituye a Dios, como a su fuente y origen, en un homenaje que es un magnífico reconocimiento de lo que es y hace el hombre como ser creado por Dios y recreado por Cristo.

El culto litúrgico pone magníficamente en evidencia una gran capacidad para conciliar y unir de una forma armónica y bella ese deseo de Dios, fuerte y comprometido, que caracteriza la opción radical que está en el origen de la vida monástica. Aquí hay que buscar la respuesta a su gusto por las letras y las artes, la ocupación de su mente y sus manos, sus horas de trabajo y de vigilia. Todos los recursos, variados y nobles que ofrece la cultura, en el monasterio son encauzados y puestos al servicio de la oración y de la alabanza divina. Se convierten en realidad en ciencias auxiliares de la liturgia.<sup>89</sup>

Dado que es la celebración litúrgica la que impone el ritmo a la comunidad monástica, impone su cadencia a los días y los trabajos de los mojes, en consonancia con sus tiempos, sus horas, sus fiestas. Se trata de moverse en conformidad con esa exigencia honda de la majestad y la gloria de Dios.<sup>90</sup> Esta base en la que se asienta la celebración litúrgica con su ritmo, su solemnidad, su ceremonial y su música, es lo más distante que puede imaginarse de un puro concierto o una función teatral donde emerge sobre todo el gusto de lo estético. La liturgia es una manifestación de la vivencia más honda del monje, proyectando en ella el sentido auténtico de toda su actividad.

La centralidad de la liturgia se manifiesta en el monasterio a todos los niveles. Así las propiedades monásticas con sus productos no sólo sirven para proveer al sustento de la comunidad, socorrer a los pobres y sustentar las obras benéficas, también se destinan a cuidar cuanto concierne al culto y a la iglesia. Igualmente el arte tiene una particular preferencia por cuanto se relaciona con el servicio divino. Del *scriptorium* del monasterio salen principalmente libros litúrgicos. No es exagerado afirmar que son las exigencias de una liturgia digna

<sup>89</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, op. cit., p. 299. Cf. E. DEKKERS, *Moines et liturgie*: Collectanea Cisterciensia 22 (1960), 329-340.

<sup>90</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, op. cit., pp. 281-282.

y solemne, del culto para honra y alabanza de la Trinidad, lo que hace a los monjes letrados y artistas. La gramática, la métrica, la música, el canto, la arquitectura y las artes menores, como los copistas e iluminadores, florecen a la sombra de los muros del cenobio como expresiones genuinas de la búsqueda de Dios que se hace perceptible sobre todo en las celebraciones litúrgicas. La cultura, eminentemente teológica, ofrece a los monjes la posibilidad de hablar bien, escribir bien, edificar bien, para orar y cantar bien y de esa forma vivir bien, en conformidad con su propio ideal. Los monjes medievales no tenían dudas al respecto:

«Cuando ofreces a Dios tu persona y tus bienes en el monasterio, todo lo que en ti hay de formación es perfectamente legítimo siempre y cuando lo ordenes al servicio divino».<sup>91</sup>

La *Regula Benedicti*, que asimila muy bien toda la tradición monástica precedente, señala perfectamente las directrices para que el culto sea el fin concreto y real de la cultura en sus varias facetas.<sup>92</sup> Por esta razón no es posible ver una dicotomía o un dualismo entre cultura y espiritualidad en el monacato.<sup>93</sup> Aunque pueden seguramente señalarse casos aislados en tal sentido. De hecho, en líneas generales no ha existido, como a veces se pretende, un monacato culto y un monacato cultural.<sup>94</sup> La legislación monástica no ofrece pruebas en tal sentido. Cuando se hace una afirmación de este tipo es debido a que se estudian las realidades monásticas desde un solo ángulo de perspectiva, como puede ser su dominio, el arte o la producción libraria, desligándolas de la vida espiritual del monacato; por lo mismo, independientemente de la motivación de fe que no sólo subyace, sino que sobre todo es alma de esas actividades.

La grandeza, la majestad y el amor de Dios orientan y conforman la vida del monasterio medieval. La liturgia es el clima adecuado donde se celebra el misterio divino. Por eso el monacato más que teorizar sobre liturgia, más que escribir sobre el culto, compone textos, que son la expresión de sus propias vivencias: aún se conservan unos 42.000 textos poéticos relacionados con la

<sup>91</sup> Cf. Id., p. 292.

<sup>92</sup> Cf. A. de VOGÜÉ, *La Règle de Saint Benoît*, vol. I, «Sources chrétiennes 181», Paris 1971, pp. 44-46; Id., vol. V, «Sources chrétiennes 185», Paris 1971, pp. 589-616.

<sup>93</sup> Así puede dar la impresión del mismo título de A. J. FESTUGIERE, *Les moines d'orient*, I, *Culture ou Sainteté*. Introduction au monachisme oriental, *op. cit.*

<sup>94</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Y a-t-il une culture monastique?*, *Il monachesimo nell'alto medioevo e la formazione della civiltà occidentale*, *op. cit.*, p. 352.

liturgia y salidos de la pluma de los monjes.<sup>95</sup> Es una producción literaria sumamente interesante, pues pone de manifiesto el concepto tan peculiar que tienen los monjes sobre el tiempo. Evidencia una noción muy singular del flujo horario. Es una manifestación casi tangible, podemos decir, de un ritmo interior muy determinado.

La gloria, la alabanza, el honor de Dios, es el punto de referencia. Emerge una gran apreciación de la grandiosidad y profundidad de los misterios que expone. Se trata en definitiva de unos textos notables y sublimes, «con la majestad, a veces, de una catedral románica».<sup>96</sup> Rimar para Dios, cantar para Dios, se convierte para el monje como en una necesidad vital. La poesía, el canto, convierte a la liturgia monástica en una fiesta; está impregnada de alegría espiritual. Es la manifestación de un gozo íntimo que brota de un corazón que gusta, que saborea, la bondad y la grandeza de un Dios Padre, omnipotente y eterno, pero tremendamente cercano. Un Padre que invita amorosamente a compartir su misma vida divina.

## 5. *Conclusión.*

La espiritualidad que rezuma la actividad de un monasterio y el sentido de Dios que está en la base de la vocación monástica, dejan su impronta indeleble en todas sus manifestaciones literarias y culturales. Espiritualidad y teología son el sustrato, y también el alma, de lo que llamamos cultura monástica. El espíritu que lleva a un cristiano al claustro es el que convierte al monje en un buscador infatigable del Dios ya encontrado y, por eso, manifestado en cuanto hace el monje. El monje trabaja y su trabajo le lleva a orar. El trabajo cansa y por eso busca su descanso en el pensamiento de Dios, en la oración, en la meditación. Su oración a su vez le lleva de nuevo al trabajo. Es un ciclo cerrado, indivisible, completo.

El dilema entre cultura o santidad no existe en el monasterio. Como no lo es tampoco trabajo u oración, estudio o liturgia. La ciencia espiritual del Evangelio es la pauta que regula la relación del monje con la cultura. El seguimiento incondicional de Cristo es su punto de partida y su referencia constante en su vivir y su hacer. Curiosamente esa *fuga mundi* que caracteriza a la

<sup>95</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, op. cit., p. 282; cf. J. ROUSSE, *Poésie et vie monastique*: Collectanea Cisterciensia 35 (1973), 239-249.

<sup>96</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, op. cit., p. 287.

vocación monástica sustenta un binomio con grandes resonancias culturales monásticas, porque la *otiositas* monástica<sup>97</sup> se revela como la forma más válida y auténtica de hacer realidad una *operositas* cargada de enormes repercusiones religiosas, culturales y sociales. La búsqueda de la transcendencia por el camino evangélico conduce inevitablemente a una encarnación comprometida y constructiva en el mundo.

El monasterio medieval ha puesto en evidencia algo muy importante: que pueden existir sin estridencias y en armonía, materia y espíritu, conocimiento y afecto, cuerpo y alma. Que no sólo pueden, sino que deben, para que el hombre alcance la verdadera madurez humana y espiritual. La cultura monástica es en realidad, y considerada bajo sus múltiples aspectos, la manifestación del cuerpo con vida de la espiritualidad y la teología monásticas. De la vida monástica en definitiva.

<sup>97</sup> Sobre este tema sigue siendo un estudio muy interesante y rico, pues cita numerosos autores y textos, la obra de J. LECLERCQ, *Otia monastica. Etudes sur le vocabulaire de la contemplation au moyen âge*, «Studia Anselmiana 51», Roma 1963.